

LA POESIA DE MARGARITA ABELLA CAPRILE

Desde que con "Nieve" en 1919, se inicia, puro y nostálgico, el brote del poema, hasta cerrarse en la curva postrera, —encantadora por la melancolía que cual perfiles en la niebla, empaña las composiciones de "El árbol derribado"—, la poesía de Margarita Abella Caprile, creadora, aristocrática, subjetiva, sin ansias ocultas, manifestaciones indecibles ni forzados versos, llega a nosotros con serena frescura de huerto. Su producción —"Nieve" (1919); "Perfiles en la niebla" (1923); "Sombras en el mar" (1930); "Sonetos" (1931); "50 poesías" (Premio Municipal, 1938); "Lo miré con lágrimas" (1950); y "El árbol derribado" (1959)—, siete títulos poéticos de sugestiva continuidad, constituye un solo libro de tiernos, austeros registros, y su verso exhala siempre una gota de ensueño, prieta dentro de una imagen poco transitada. De poesía íntima, a lo Verlaine, escrita en esfumado tono menor, va cobrando vigor dramático y limpidez de estrella, así que avanza, hasta traducir fiel y desconcertante los fugitivos estados de su sensibilidad y su visión del mundo y de las cosas. Espectadora zahorí de su corazón, contó el hallazgo de sus evasiones, sus fatigas, sus inquietudes femeninas, rehuyendo, con pudores adolescentes, la anécdota amorosa que, de existir, se abrigó tímida en la penumbra.

Conoció en la ruda perspectiva cotidiana un amigo, el dolor, cuya presencia reiterada acude en la obra y cuyas raíces acaso hallamos en una composición de "Lo miré con

lágrimas”: el soneto “De mi generación”, poema de nuestro tiempo y como “tal con la jerarquía de uno de esos testimonios que únicamente los poetas son capaces de dejar”; acota en él, con nostalgia de un ayer tranquilo y con la pena de un hoy que se desgarrá:

Cuando empezamos a entender las cosas
estaba el siglo en sus primeras llamas,
y sólo al margen, olvidando dramas,
pudo crecer nuestra porción de rosas.

Cuatro lustros de furia y de proclamas
volvieron luego a rellenar las fosas,
y hoy nos tiende sus redes tenebrosas
un hartazgo de atroces panoramas.

Nunca vimos la vida con la tierna
quietud de nuestros padres; nunca vimos
tregua sin hiel, ni paz con alegría.

¿Tendremos ojos ya si la caverna
termina alguna vez y descubrimos
íntegra al fin la claridad del día?

(1950)

En “Perfiles en la niebla” —ese fino haz de poemas donde la naturaleza aparece transformada por el arte impresionista de la autora que hace del árbol, la montaña, el mar, motivo de sus emociones—, había confesado:

Dolor, breve respiro, y de nuevo dolor,
(Vida, de esta manera tal vez nos divinices.)
Cuando al fin conseguimos ser un poco felices
Por no cerrar los ojos nos ciega el resplandor.

(1923)

Su pesar la agobia desde muy niña; adolescente apenas,
siente ya cansancio de mañanas; en su mocedad, visitada por
los rudos asombros del dolor, confiesa:

Los que ya no son jóvenes, niegan nuestra amargura
Y el brusco desencanto que la vida nos da;

Los que ya están de vuelta de todos los caminos,
No entienden que emprendamos otro camino igual.

El dolor que sufrimos es dolor de sorpresa,
Destruye carne nueva la asechanza mortal;

Somos como un guerrero que olvidara su escudo,
Sin previsión ahondamos el inquieto esperar.

Los que ya no son jóvenes niegan nuestra amargura;
Después de tanto andar,
No saben cuál ha sido de todas las heridas
La que doliera más.

Dicen: "Toda comienzo, ríe la adolescencia;
La tristeza es bagaje de quien va hacia el final".
Y es porque no recuerdan
Cuanto concluir terrible hay en nuestro empezar".
(1930: *Sombras en el mar*)

Soñando, mitigará su desolación, aunque algunos instan-
tes se le escapen palabras rebeldes ante la lucha estéril:

Siempre habrá de romperse
El corazón contra las piedras;
Siempre habrá que decir palabras
Sin eco y sin respuesta.
Siempre habrá que gritar un grito inútil
Contra el viento,
Sin que haya oídos para oírlo
Ni amor que quiera contenerlo.

Siempre habrá que llorar

Un llanto duro en las tinieblas,
Y dormir sin dormirse
Y despertar despierta.

Siempre habrá que romperse
El corazón contra las piedras.
(1959: *El árbol derribado*)

Alma sensible hasta la fragilidad del cristal, se siente exilada en un mundo que obliga a interpretar absurdos personajes, a reír ajena risa, a llorar llanto aprendido. Su diálogo con la nieve lo atestigua:

Hermana, sí, apenas te he encontrado
Ya recoges tu límpido atavío,
Que el suelo que un instante has reposado
Tu ambiente no es, como tampoco el mío.
(*Nieve*, 1919)

Para escapar de él con su puntual reiteración de fuegos fatuos y pequeñeces, anhela alcanzar atmósferas muy altas donde todo se aclara y purifica:

Aviadores de paz de lo sublime
Subamos alto a la región que imprime
La superior serenidad del alma;
Y de esa altura en la suprema calma
Miremos la miseria del planeta,
El mal que el hombre en su estrechez cometa,
Sin que ese mal nos llegue...
(*Nieve*)

Su escepticismo aconseja:

Ennoblecete tu espíritu y "levántate y anda".
Contempla indiferente lo que el destino manda;
Al lado de lo eterno, el reír y el llorar,
Y la inquietud mezquina, ridícula o nefanda,
Son un juego de niños a la orilla del mar.

Nada tiene importancia y a nada pongas nombre;
El dolor no te agite, ni la calma te asombre;
La cobarde asechanza no te haga sufrir;
Mira todas las cosas como las mira un hombre
Que va a morir.
(*Sombras en el mar*)

Pese a ese sentido de la vida, en la rara armonía de su espíritu, no hay para con los demás agresiones de roca sino tibiezas de pájaro: su existencia fue de manos tendidas, de

fervores fraternos. Con apretada terneza va hacia las criaturas, en especial hacia las dolientes, las incomprendidas, las que sufren de ideal:

Al mundo que solloza
Envolverlo quisiera, en el incienso
De mi túnica blanca,
Para darles consuelo a todos, a todos,

Porque ahora comprendo
Las penas y miserias,
Porque lloro con todos los que lloran,
Porque con todos los que sufren, sufro.

(Nieve)

Su verso, obstinada voluntad de llama, quisiera difundir calor por doquier; su canto es como sutil pomo derramado; pero su esfuerzo será estéril; imposible la comunicación con los demás:

¡Ah, qué desolación y qué causancio
Este inútil luchar.
Cada espíritu es como una isla
A la que nadie nunca arribará!

Rodeado por el mar de su egoismo,
O rodeado quizás
Por el mar de zafiro del ensueño,
Cada espíritu siempre solo está...

(Perfiles en la niebla)

Ni siquiera la magia de los vocablos logrará horadar la cintura densa de nuestra soledad; cualquier intento caerá anulado:

Es inútil que hables y expliques
Tu alegría o tu padecer;
Es cosa vana que te apliques:
No hay voluntad de comprender.
Estamos solos; las palabras
Son una estéril invención.

¡Enciérrate y a nadie abras
La puerta de tu corazón!
(*Sombras en el mar*)

Vaya donde vaya, esta inquieta viajera de tierras y mares, que no puede escapar de sí misma, advierte cómo la soledad la aguarda con avidez de zarpazo. Su infinita, dulcísima desolación, vuelve una y otra vez en sus obras:

Y sentir el horror de lo imposible
Frente a esa fatal muralla de las almas
Que ni el amor consigue derribar.
Y volver otra vez sobre lo andado,
Después de tanto andar;
¡Y de nuevo la trágica, profunda soledad!

Este tema proporcionará a la poetisa recoleta, que “creía en la bondad de la vida a pesar de la vida y a pesar del dolor”, uno de sus mayores logros, con la historia del árbol aislado en medio de la pampa inhóspita, desnuda:

Su ramaje
como trágica antena
clama por sus hermanos
que lo defiendan.
¿Detrás de cuál colina
estará oculto el bosque?
¡Qué reposo añadirse
a su unánime fuerza!

¿Por qué dejarlo solo
sufrir el sol quemante,
soñar la luna llena?
Sin poder dar un paso
ha de quedarse inmóvil
hasta que muera.

(*Lo miré con lágrimas*)

Promedia 1959 cuando da Margarita su fruto postrer: “El árbol derribado”, sabiamente maduro, en cuya poesía ceñida, decantada, no caben alardes retóricos ni efectismos.

También con el símbolo del árbol explicará en “Mientras dure el invierno” el afán creciente de desechar en su espíritu lo trivial:

Hay que podar la planta
y serruchar sus gajos viejos,
y dejarla desnuda
y sin recuerdos.

Hay que limpiar la planta entera
de sus ramajes secos,
librarla de lianas,
cortarle los enredos
de toda fibra que le impida
beber el aire y ver el cielo...

Podar recuerdos tristes, desbrozar la vida de amarguras inútiles, limpiar el alma de cualquier maleza, ¿estará, al fin, menos acojonada? La respuesta se halla en un precioso poema de factura perfecta, clásica, el “Soneto de otoño”:

Si no tuviera el corazón sangrado,
si no tuviera el corazón partido;
si pudiera olvidar en el olvido
tanto dolor sin tregua soportado.

Si pudiera lograr lo ya logrado
y volver al encuentro renacido
de un alto bien, para mi mal perdido,
y arrojar a la espalda lo llorado.

¡Qué lejos de mi pena y de tu otoño,
sauce, con el verdor de tu retoño
renuevos para mí renovarías!

¡Con cuánta paz, atardecer de fuego,
llama de nubes, cardinal sosiego,
luz a mi sombra con tu luz darías.

(El árbol derribado)

Su ciencia de sinsabores, su melancolía otoñal, saber que en plena esperanza se asesta el golpe y que es desga-

rrante verdad aquel verso de Quevedo: "Todos muriendo en lágrimas vivimos, desde que en el nacer, todos lloramos".

Cierta vez, interrogada por un periodista sobre cual sería su divisa, el leit motiv de su vida, repuso: Me gusta investigar el por qué de los impulsos que mueven a la humanidad: sus dolores y la causa íntima de todas las cosas. Nació así para mí una ternura y una caridad infinitas. Sentí una dulce indulgencia por todos los hermanos que sufren y este es el origen de mi lema: Comprender. Comprender las almas, el paisaje, las acciones de los hombres, los misterios que nos rodean. Espectadora sagaz de sí misma, nada detiene, en el río del tiempo, su tenso monólogo íntimo, obsedido con los grandes interrogantes sin réplica: ¿qué somos? ¿de dónde venimos? ¿adónde vamos? Su espíritu, pálida flor lunar olvidada del goce y de la dicha, se agobia por comprender. Vive al margen mismo de las cosas ignotas, advirtiendo el riesgo de dejar que las vibrantes raíces torcedoras de su alma, absorban el misterio:

Frías ansias de análisis, curiosidad, la flor
no basta; no nos bastan aromas ni matices;
cavamos despiadados hasta hallar las raíces,
por buscar demasiado, perdemos lo mejor.

(Perfiles en la niebla)

Congoja desolada, quebranto inenarrable dominan en su pesimismo, hijo de su entendimiento, más que de su corazón..., como nada espera su desesperanza, no verá en el sendero de sus días, la fuente que saciará su sed, restañará pesares, le traerá la calma:

...Ni un árbol ni una brisa; la fuente de agua pura
era el vano espejismo que formaba el dolor.
Anhelante y sin fuerzas, en marcha hacia la altura
el alma proseguía su peregrinación.

Y su angustia crecía con la sed que aumentaba;
su imaginar inquieto era como un fulgor,
manantiales divinos, luminosos, creaba

y era tal la belleza de su alucinación,
que en tanto que así, absorta, con la fuente soñaba
sin verla, al lado mismo de la fuente pasó.

(Perfiles en la niebla)

¿Adónde acudirá en busca del piadoso befeño, la criatura adolorida que lleva un rosal dentro del alma, para trocar en flores la dureza hostil de la tierra? A Dios, a quien ama con porfiada esperanza, con luminosa fe. En "Soneto del alba" explicará la entraña de su sentimiento religioso:

Siempre la luz primera me atraía;
siempre la claridad me despertaba,
y al par de una inquietud que se acentuaba,
dentro de mí también amanecía.

Alerta siempre al despuntar el día,
algo en el alba mi fervor buscaba;
pero ansioso mi paso vacilaba
sin descubrir el bien que perseguía.

Hoy sé Jesús, cual era mi desvelo;
sé que el ir y venir de mis andares,
no tenía otro fin que un solo anhelo:
ver elevarse, antes que el sol saliera,
en la aurora ritual de tus altares,
el sol de tu presencia verdadera.

(El árbol derribado)

La intuída presencia de Dios la serena, como cuando pequeñuela jugaba en el patio del convento donde se educó, ese patio invadido por una catarata de glicinas. Dolorosa y feliz, se entregará asimismo a su pasión por crear belleza; esa pasión que ancestralmente debía traer en la sangre la bizneta de Bartolomé Mitre.

Por los claustros magníficos del Arte
voy paseando mi angustia y mi quimera;
del ideal sumisa prisionera
vivo en el mundo mi existencia aparte

No hay placer ni alegría que descarte
De mi renuncia singular y austera,
Soy una esclava que en silencio espera
Dándolo todo, conseguir su parte.

(Perfiles en la niebla)

eco poético lleno de las profundas resonancias del “Eclesiastés”: “quien quiera salvar su vida la perderá; quien consienta en perderla, la salvará”.

También la paz de la naturaleza, con el agua, la flor, la luz, la llanura, el cielo, serán el refugio amante donde encuentre la buscada serenidad interior. Y logrará allí, precisamente, las imágenes más originales, apacibles como agua de lluvia o brisas como las olas; los registros más armoniosos y la más alta novedad verbal en este recio sutil oficio de esgrimir palabras para burilar pensamientos. “La fuerza de lo telúrico empaparé sus visiones con la más tierna y religiosa contemplación de la naturaleza”; semejante a Nervo, cuya poesía de “tono cristiano y admonitorio” recuerda, se identificará con el agua en los infinitos prismas de su forma: nieve, niebla, lluvia, fuente, río, ciénaga, pero en particular el mar, tema que encendió el verso de las mejores poetisas en esta parte de América. Lo cantó firme, rotunda, con la misma vehemencia que volcó en su poesía amatoria, la gran Alfonsina que buscó postrer lecho en él: Quisiera esta tarde divina de octubre / pasear por la orilla lejana del mar; / que la arena de oro y las aguas verdes / y los cielos puros me vieran pasar. / Ser alta, soberbia, perfecta quisiera / como una romana para concordar / con las grandes olas y las rocas muertas / y las anchas playas que ciñen el mar... Lo exaltó Gabriela en emocionado viaje al país de los sueños: Todas íbamos a ser reinas / de cuatro reinos sobre el mar / Rosalía con Efigenia / y Lucila con Soledad. / Lo decíamos embriagadas / y lo tuvimos por verdad / que seríamos todas reinas / y llegaríamos al mar... Juana lo hizo su único confidente cuando se rebeló, arisca y sombría, contra su condición

de mujer. También Margarita, en giros gozosos, empapados de viento y sal, narrará su romance con "ese padre nuestro de fuerza y de pureza":

Romance de marzo

Mucho mejor que en la tierra
estoy adentro del mar,
olvidando sobre el agua
la ley de la gravedad.

No para los pies cadena
sujeta al fuego central;
no para el cuerpo dolido
caminar y caminar;

no para el alma anhelante
buscar un rumbo de paz;
sí para el cuerpo y el alma,
cielo azul, hondura y sal.

Mucho mejor que en la tierra
estoy adentro del mar.

(El árbol derribado)

Con vigor casi alucinado hará que las voces, al plegarse a sus visiones plásticas, den la inconmensurable medida del mar. Presente o no azula sus pensamientos; se dijera que se ha hundido palmo a palmo en él. Muy niña, al arrebatarse su crucecita de oro, lo apostrofó como un viejo avaro cargado de riquezas que tenía enmarañada la blanca cabellera. Pero ya en "Nieve", su asombro ante él preanuncia el amor de más tarde al descubrir, jubilosa, que es capaz de serenarla con "la limpieza de su fondo y lo mucho de su nada". Para evocarle, hasta la misma prosa de su tan amena "*Geografía*", libro de viaje, se viste con graciosa túnica poética:

"Y luego, al continuar el viaje, ¡el mar! puramente el mar; cielo y oleaje durante nueve días. Circunferencias perfectas de horizontes que la proa del barco al resbalar sobre el diámetro, va uniendo, como si navegar fuese enfilando un

interminable collar de círculos de agua. Porque la idea del mar que tenemos cuando sólo lo hemos visto desde la tierra, imprecisa o infinita como la idea de cielo o de eternidad, se modifica cuando andamos sobre él; se reduce a la medida de nuestros ojos, de suerte que por falta de puntos de referencia, se tiene la impresión de viajar constantemente sobre la misma porción de mar. Parecería que el océano se fuera revelando poco a poco, como si temiera asustarnos, como si se compadeciese de nuestra limitada capacidad de comprensión. En esa ausencia de costas, en esa soledad de latitudes, cada detalle adquiere una significación esencial: la forma de las nubes, la dirección del viento; el cambio de las estrellas; la variación de la luna que en el hemisferio boreal crece del lado opuesto; las diferencias de color de ese círculo permanente de agua, que visto desde las nubes, debe parecer la púrpura verde-azul de la Tierra.”

(*Geografía*, 1936)

¿Será razón de sus preferencias, el dístico de Baudelaire que encabeza uno de los poemas, a mi juicio el mejor sobre el tema: “*Homme libre, toujours tu chériras la mer*”? Así que vive se funde más y más con él:

Orilla de mi infancia, mar de mis primaveras,
invariable rompiente que conoces el brío
venturoso y resuelto como el libre albedrío
que me lanza al encuentro de tus olas viajeras.

¡Cómo ha ido agrandándose la línea de tu anchura
a medida que el árbol de mi talla crecía!

¡Qué vasto el hemicírculo de tu azul lejanía
ahora que lo mido con toda mi estatura!

Margarita concluye deseando:

Vivir como tú vives; al margen de la arena
donde muere el oleaje de la tierra doliente;

rebelde en el pasado, rebelde en el presente;
dócil tan sólo al ritmo de lo que Dios ordena.
(*Lo miré con lágrimas* - 1950)

Pero sería incompleto este ensayo sobre la poesía de Margarita Abella Caprile si no evocáramos aquella faceta de su vida que trocó a la lírica finísima en una vibrante poeta civil; dondequiera que se atentara contra la libertad o la dignidad humanas, su pluma se alzaba, sin estridencias pero con vigor, para defenderlas, para cantar el "Aleluya" de las patrias libres. Lo dijo, estremeuida, cuando la liberación de París:

Con un deseo de llorar, mi espera
vuelve a evocar tus hondas catedrales
que renacen después de la agonía,
ahora que la aurora recupera
a través del color de sus vitrales,
toda la luz que le faltara un día.
(*Lo miré con lágrimas*)

Lo dijo entre nosotros, el 16 de setiembre de 1955:

No era posible que el temor siguiera
ahogando el aire y deteniendo el trueno
ni dormirse en el cauce del veneno,
ni entrar con frío en otra primavera.

No era posible que al nivel del cielo
el cóndor claudicante descendiera,
ni que la pampa indómita tuviera
la rienda corta y ajustado al freno.

Era imperioso devolverle al río
la anchura de sus márgenes profundas,
y su máxima altura al Aconcagua.

¡Y desbordaste Patria, con el brío
del torrente que rompe las esclusas,
cuando es muy alto el huracán del agua!
(*El árbol derribado*)

El 28 de octubre de 1960 calló, suave cadencia de violines o enérgicos acordes, la poesía de Margarita Abella Caprile, que fue, como ella misma, una profusión de asombros y ternuras. Cantó su amor por lo creado y sus rebeldías, con extraña espontaneidad, llevándola su sentido de la vida, a no cambiar jamás “un plato de lentejas por una herencia de cumbres”. No claudicó jamás en su noble afán de dignidad y trabajo (fue durante 25 años excelente periodista en el diario de su familia, “La Nación”), ni siquiera ante las murallas de la muerte. “En el viaje sin retorno, el ancla de sus sueños se quedó prendida a una estrella”.

NOEMI VERGARA DE BIETTI

Vidt 2198, 4º I, Buenos Aires